

rás tú porque estoy que trino de corage. Es, como tú dices, la única que se me ha resistido más tiempo del necesario.

Y tenía razón el noble petrimetre.

Hacia un més que acechaba, perseguía y escribía cartas amorosas á una tal Enriqueta, célebre artista de teatro muy bella y muy despejada por cierto, y no solo no pudo conseguir su objeto, pero ni merecer contestación siquiera.

*¿Quare causa?*

Jamás habia encontrado mujer tan arisca é insensible. Por lo regular todas sus conquistas se habian consolidado á las primeras de cambio es decir, á las primeras tentativas de ataque. ¡Y pensar que con la tal Enriqueta habia tenido necesidad de escribirla diez billetes amatorios. . . . y todo en vano.

Vamos, que lo que le acontecia era impensable, insoportable. ¡Ser despreciado el que se tenía por un Adonis, por un Narciso, por un Tenorio, á quien muger ninguna le habia hecho dengues ni repulgos!

Por eso se despertó aquel día de tan mal talante y por eso fué que vestido y acicalado que estuvo púsose al pupitre y redactó la es-  
quela siguiente:

«Enriqueta: Es imposible que V. no me ame, como es imposible que yo no la corresponda. Si á vuelta de respuesta no me da V. una que me satisfaga y llene de esperanza, caerá sobre su conciencia la desesperación de su mas tierno adorador.

ARTURO.

*Marqués de Empeñaplata*

No puede darse lenguaje mas petulante y fá-  
tuo pero el marquesito era así, y con esto queda dicho todo.

Mandó con su ayuda de cámara el billete á su destino y aguardó tan satisfecho el resultado.

¡Cual no sería su gozo al recibir la contestación, siguiente!

«Arturo: ¡Es V. fascinador, irresistible. Esta noche le espero á la salida del teatro.

ENRIQUETA.»

¿Como se habia operado un cambio tan inesperado y repentino? se conmovió al fin la ingrata con la lectura de un billete tan decisivo y terminante?

No; porque no llegó á su poder siquiera.

En su lugar recibió 100 duros en papel junto con una tarjeta del marquesito.

Hay que advertir que este entregó á su criado, al propio tiempo que el billete para Enriqueta, uno de banco de 500 pesetas para saldo de una deuda.

Y que el bueno del fámulo, sea por equivocación ó intencionalmente, habia trocado los papeles. . . . y las direcciones.

El sastre, cuya era la cuenta, recibió el billete amoroso y Enriqueta el de banco.

Por eso produjo aquel efecto.

Pero el tiquis-miquis del marquesito lo atribuyó unicamente á su linda cara, y acudió tan orondo y ufano á la cita.

. . . . .

No hay que decir lo que pasó en ella! . . . .

¿Qué diga! lo que le pasó al noble fá-  
tuo cuando descubrió que no se debia á él la conquista.

No se convenció de ello hasta que el sastre le presentó nuevamente la factura ¡envuelta en el billete amoroso!...

CARLOS C. CATALÁ.

## Lugar ameno

Los prados rebosan aroma sin cuento,  
Cubierto de flores está mi jardín,  
El dulce murmullo del líquido sientto  
Que bulle en las peñas y corre sin fin.